

JOSÉ GANFORNINA, ENTRE EL MITO Y LA REALIDAD

Escribió Juan Ramón Jiménez: “cuando se entra en el estudio de Sorolla parece que se sale a la playa o al cielo; no es una puerta que se cierra con nosotros, es una puerta que se abre al mediodía.” Cuando se entra al estudio de José Ganfornina es como si hiciéramos una inmersión en la naturaleza, como si atravesáramos otra realidad que siempre nos rodea pero que ignoramos las más de las veces. Pero allí la encontramos en cuadros de serena belleza, que en cambio nos están contando la destrucción y el desmoronamiento de los elementos, la progresiva decadencia del mundo, de la que la obra de Ganfornina hace más de treinta años se empeña en advertirnos.

Hace años escribí: “Lo que Ganfornina dibuja, pinta, crea, no es realismo mágico, ni suprealismo heterodoxo. No es siquiera la recreación de un mundo onírico que nos transporta más allá de nosotros mismos, a un mundo de leyenda y mitología. Ganfornina ha entrado de lleno en el mundo de la profecía y ha empezado a describirnos, con una lucidez asombrosa y con la perfección del alquimista, el futuro del mundo, que ya está escrito en la naturaleza y en el centro de nuestro corazón.” Y ese futuro ha tomado su propia forma y se ha hecho real, como si fuera una prolongación del mismo sueño o de la misma pesadilla. Hay que agregar ahora que el artista ha tomado la arriesgada decisión de, como si fuera un mago dar vida a esos seres que pululaban por sus cuadros.

Parece que en el estudio de Ganfornina se ha obrado un prodigio y esos seres mitológicos, los símbolos y sus representaciones se hayan corporeizado y han escapado de los cuadros para a través de una muy elaborada técnica convertirse en unas inquietantes esculturas. Como si hubieran sido creadas mediante un soplo de vida, arrancadas de sus visiones, gorgonas, sirenas, hipocampos, el dios del sueño, ledas, o una amenazante quimera que intenta escapar de una tela de araña, han pasado mediante una concienzuda mezcla del papel maché con el alambre, la tela metálica y los más variados pigmentos a ser de elementos de un conjunto que vagaba en la apariencia de la realidad a transformarse en aparentemente frágiles esculturas que desafían la dureza del aire.

Hay un momento en el barroco churrigueresco que el abigarramiento de lo arquitectónico se convierte en escultura policromada, en escultura y en símbolo, en la metáfora de un mundo que ha querido romper con el rigor renacentista y que anticipa una interpretación sugestiva de la realidad que acaba interpretándola y deformándola. Con el mundo de Ganfornina ha ocurrido algo semejante. Y como en el barroco en esas esculturas que ahora presenta, el artista ha tomado una actitud que opta por la ironía ante el desafío que producen el desasosiego, la disolución de la realidad y el anuncio de las postrimerías.

José Infante

Marzo 2017